

¡Viva la lucha!
León Trotsky
16 de enero de 1917

(Versión al castellano desde “Vive la lutte!”, en *La guerre et la révolution*, Tomo Segundo, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 243-244. Publicado en *Novy Mir*, 16 de enero de 1917)

Las puertas de Europa se cerraron tras de mí violentamente en Barcelona. La policía española, instrumento dócil de las “democracias occidentales” (Francia e Inglaterra) me obligó a embarcarme en un navío de la Compañía Transatlántica que, tras una travesía de 17 días, desembarcó su carga muerta y viva en Nueva York; 17 días, una hazaña agradable en los tiempos de Cristóbal Colón cuyo monumento domina el puerto de Barcelona... Pero en nuestra era de electricidad y transportes rápidos esta travesía podría recordar a los tiempos bárbaros por su duración si no estuviese por medio la “guerra liberadora”. Una carta de Madrid a París tarda entre 6 y 7 días, en lugar de 30 horas, y de cada tres veces no llega dos. Los telegramas alcanzan casi la misma velocidad. Los pontífices con casco de la “guerra liberadora” se emboscan en todos los rincones de Europa: abren la correspondencia, retienen las cartas y a veces también a los remitentes. He recibido en Cádiz una carta expedida en Copenhague (de un país neutral a otro también neutral, pues) que había sido abierta por la censura francesa que dejó en el sobre la marca oficial de su... curiosidad.

En Rusia los policías tratan las cartas de los detenidos políticos con productos químicos para asegurarse de que en ellas no hay ningún texto oculto. Esos procedimientos los utilizan ahora todos los censores europeos. ¡Nada de sorprendente en eso, por otra parte! La guerra ha hecho de la Europa de la revolución y del socialismo un inmenso campo de detención y, conforme a esta “evolución”, ha hecho del zar el representante típico del espíritu reinante en esta Europa de los poseedores, de los dirigentes y de los combatientes... y no solamente en Europa. No hablemos de la Europa central: los métodos de los Hohenzollern no son otra cosa más que la traducción al alemán de los métodos anglo-franco-rumanos.

Sería, sin embargo, una calumnia, o al menos un lamentable contrasentido de pacifistas humanitarios, pretender que en Europa no hay otra cosa que esos bárbaros triunfantes que hace ahora novecientos años tumbaron la civilización. Jamás en el pasado hubo tal acumulación de indignación, desesperanza y odios, como la que ha provocado esta guerra, la más insensata de todas... Y sin embargo, en las trincheras donde se ha hipotecado a la flor y nata de la población, en las fábricas, en los hogares de las familias golpeadas por el duelo, camina incansablemente, muy lentamente pero sin paradas, el pensamiento crítico de los nuevos millones de seres humanos despertados por el retumbar de los cañones. El despertar del odio ligado al pensamiento crítico es terrible para los dirigentes pues significa: ¡Revolución! He abandonado esa Europa ensangrentado con una profunda fe en la revolución. Sin la menor ilusión democrática he puesto el pie en la orilla del “Nuevo Mundo”, ya bastante envejecido. Aquí se tropieza con los mismos problemas, los mismos peligros, las mismas obligaciones y las mismas fuerzas que allí. Entro en la familia del socialismo revolucionario americano con la consigna que me enseña la vieja Europa: ¡Viva la lucha!

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es